

ARTE Y ARQUITECTURA EN MÉRIDA ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX

Christian Páez Rivadeneira

Introducción

De algunos temas historiográficos: períodos y lugares

A) La historiografía de la arquitectura en Venezuela es de reciente data, así como sucede también en otras áreas de la cultura histórico-artística venezolana. Aunque debemos señalar que en el campo de la crítica de la pintura y del arte en general, la tradición ha sido más larga y generosa: desde el siglo XIX se pueden registrar escritos de carácter comentarista, y en la primera mitad del siglo XX, varios autores venezolanos con carácter decididamente analista sentaron las bases de una moderna actividad histórico-crítica tendente a la elaboración de una historia de la pintura en Venezuela. ⁽¹⁾

En lo concerniente a la arquitectura, durante el siglo XIX, no son escasos los comentarios que sobre iglesias y casas y sobre el aspecto general de las ciudades, se pueden observar en las crónicas, diarios de viaje, relaciones de visitas oficiales y descripciones

geográficas que, aunque se traten de escritos hechos con otras finalidades, testimonian de alguna manera el interés que existía en la época por este tema. Estos comentarios, en su mayoría escritos por visitantes extranjeros, aunque no estudiados desde el punto de vista de la crítica arquitectónica, contienen ya para ese momento un carácter nacional que diferencia, compara y subraya las bondades o defectos de una situación particular. ⁽²⁾

En términos de una moderna historia y crítica de la arquitectura, será solamente a partir de los inicios de la segunda mitad de este siglo cuando se presenten algunos estudios importantes dedicados a este aspecto de la cultura venezolana.

Objeto de principal atención en ellos ha sido la arquitectura civil, religiosa y militar de la época colonial. Conocidos y bastante apreciados son los aportes que en este campo han realizado estudiosos como Möller y Villanueva, Gasparini y más recientemente Carlos González Batista, entre otros autores. En estos trabajos de tipo histórico-arquitectónico se ha manifestado el interés por conocer e interpretar los hechos, las obras y los personajes, en algunos casos más sobresalientes que en otros, de aquella arquitectura antigua venezolana, la arquitectura de las iglesias y de las viviendas, de los fuertes y castillos, de los caminos y las haciendas, de las ciudades que, en fin, fueron el escenario de la vida venezolana entre los siglos XVI al XVIII. ⁽³⁾

En estos trabajos, por demás interesantes y necesarios para la constitución de una historia de nuestra antigüedad en el campo de la cultura arquitectónica, ha prevalecido la tendencia a valorar, de manera casi heroica, el pasado colonial. En estas historias las bondades y virtudes de aquella arquitectura del pasado contrastan con la dificultad del paisaje, la constante depresión económica, el abandono materno a que nos sometía la metrópoli. En cuanto al oficio de la construcción, la ausencia de alarifes calificados, el escaso por no decir nulo empleo de materiales como la piedra o la

imposibilidad técnica de construir bóvedas, en la mayoría de los casos, son puntales teóricos para explicar una suerte de minoría, de complejo provincianismo que al compararse con lo que se hacía en las otras provincias de España en América, resalta el carácter menor de esta arquitectura y subraya la proeza de aquella vida de tierra y de trabajo, pobre y siempre fatigada.

Lo importante a nuestros fines, es señalar que el período que se desató luego de los sucesos del 1810 y 1811, acaso ha encontrado pocos interesados, concentrados como estábamos en el estudio del período colonial. Esta historia más reciente, la del siglo XIX, cercana en el tiempo pero muchas veces observada como una prehistoria política del presente no ha sido objeto del interés de la mayoría de nuestros historiadores y críticos de la arquitectura. Si la historia del siglo XIX vista como tópico de una valoración histórico política ha colmado los anaqueles con abundante literatura nacional, la historiografía arquitectónica del mismo período no sobrepasa de un reducido, aunque importante, número de intervenciones. Entre éstas, debemos señalar parte de la obra de Gasparini, buena parte de lo escrito por Zawisza y el trabajo de un pionero en el uso de la documentación del XIX para los fines de una historia de la cultura material de la arquitectura y la ingeniería, Eduardo Arcila Farías.⁽⁴⁾

Este siglo, tan importante o más que los otros pasados siglos coloniales, es la época en la cual se suceden cambios fundamentales en el ámbito urbano y en el lenguaje de la arquitectura. Modificaciones tan trascendentes que aún hoy día condicionan el espacio urbano y caracterizan el aspecto de mucha de la arquitectura tradicional. Y esto, no obstante y a pesar de la desafortunada pérdida de la escala y de la dimensión de la ciudad, defecto éste que aqueja a la gran mayoría de los centros urbanos venezolanos.

Del siglo XIX conservamos una importante cantidad de obras que en su gran mayoría no han sido tema de estudio de

nuestros investigadores nacionales. Estas manifestaciones de la cultura arquitectónica, casas, palacios de gobierno, hospitales, cuarteles, cárceles, aduanas, iglesias nuevas o iglesias coloniales reformadas, espacios públicos como nuestras plazas dedicadas a los héroes patrios, las nuevas calles y monumentos públicos, constituyen en muchos casos la mayor parte y mejor conservada del patrimonio arquitectónico y urbano, sobre todo en ciudades como Mérida, que han perdido por razones varias, casi todas sus obras de época colonial. Aquella arquitectura, reconstruida en Mérida, con gran fatiga y costo luego de los terremotos de 1812 y 1894 no logró sobrevivir a la no menos violenta avalancha constructiva que aquí se desató a partir de los años 70.

B) Otro aspecto a considerar se refiere a la localización de las investigaciones históricas sobre este tema de la arquitectura y del urbanismo. De acuerdo a una curiosa metáfora que se ha formulado y consolidado en el tiempo —de manera más decidida a partir de la república—, y que está presente en la mayoría de estos estudios, se tiende a identificar la capital con el país de suerte que restan fuera de estas historias la inmensa mayoría de las obras realizadas en la provincia. Provincia que comúnmente y de manera significativa se llama el «interior» del país. Muchas veces quien conoce una capital pretende conocer un país; todos sabemos que esto no es así, que en nuestro caso queda aún por descubrir el inmenso patrimonio de las regiones venezolanas. No es extraño, luego de ojear una portada en la cual se anuncia una historia de la arquitectura o de la ingeniería en Venezuela, notar con decepción que se trata fundamentalmente de una historia de los hechos y obras sucedidos en Caracas, a lo sumo algunas referencias tangenciales al resto del país pueden completar la obra.

Caracas, en efecto, ha sido objeto de numerosos estudios; algunos centrados sobre el período colonial, otros también sobre el siglo XIX, y no ha escapado a la atención de los arquitectos e historiadores la obra de importantes personalidades del siglo XX.

Lo mismo no se podría decir del resto de las ciudades venezolanas.

La Historia de las Culturas Regionales, en el campo de la arquitectura, apenas hoy recibe un impulso tendiente a clarificar situaciones que son específicas y pertinentes al ámbito local y regional. En el caso concreto que ahora nos ocupa, que es el estudio de la arquitectura y del urbanismo en Mérida durante el siglo XIX y primeras décadas del XX, no se ha registrado hasta el momento ninguna historia general que trate el argumento. Como es lógico para llegar a una historia general hay que sumar esfuerzos y en este sentido en nuestro ámbito inmediato, la Universidad de Los Andes, se han producido estudios parciales sobre algunos casos que vale la pena especificar. Se trata de análisis muy circunscritos, pero que abonan el terreno para iniciar estudios más completos que permitirán en el futuro reconstruir la historia local y regional desde las propias perspectivas del lugar, y además en base a una rigurosa investigación documental.⁽⁵⁾

Antes de abordar el tema de la historia de esta arquitectura local durante el XIX, habría que anotar la necesidad, importancia y utilidad que estos estudios locales poseen. La importancia de recuperar y valorar estos hechos de nuestra cultura resulta evidente si señalamos que debido a la inexistencia de estudios históricos de este tipo muchas veces la propia comunidad desconoce el valor de un lugar, de un edificio, de una plaza, y si pensamos que los que mayormente intervienen en el ambiente urbano, la más de las veces con poco éxito, son los organismos oficiales, aceptaremos la imperante necesidad de crear una cultura que auspicie el sentido de pertenencia al lugar, es decir, el sentido gracias al cual nos identificamos, individual y colectivamente con un espacio, un ambiente y una escala. Seguramente, en la medida en que proliferen los estudios relacionados con nuestra propia historia local, la misma práctica de la arquitectura y del urbanismo logrará una mayor adecuación a las realidades físicas y sociales de nuestra ciudad. La historia reciente, desde los años setenta hasta nuestros

días, indica que el caos urbano y la ausencia de calidad en la mayor parte de las edificaciones es el producto no de una mal intencionada acción destructora tendiente a acabar con la dimensión y la escala de la ciudad; no, se trata simplemente que la historia como instrumento de trabajo en el oficio del diseño del arquitecto y del urbanista, no se ha desarrollado suficientemente como para enseñar el elevado valor que poseen los hechos del pasado en la vida contemporánea de la ciudad.

El cuerpo histórico de la ciudad compuesto de eventos urbanos y arquitectónicos, artísticos y ambientales, que se han entrelazado a través del tiempo, constituye uno de los temas de mayor interés al momento de considerar el papel *civilizador* y altamente trascendente que posee el discurso arquitectónico. Una de las intenciones de este estudio que ahora presento y que es parte de un trabajo mayor, es precisamente, considerar el aporte de la renovación que, bajo el canon historicista, se ha realizado en el siglo XIX y primeras décadas del XX, como parte constitutiva fundamental del cuerpo histórico de la ciudad de Mérida. Tema que si bien es reductivo a la localidad, representa desde una visión globalizante un fenómeno que como sabemos fue de alcance nacional y continental y que, haciendo las debidas correcciones y precisiones, bien puede ser extendido a todas las ciudades venezolanas de origen colonial (y son la gran mayoría) que también fueron objeto de profundas reformas en el XIX.

Parte I.

EL SIGLO XIX

La Plaza Bolívar de 1895

La Columna de Bolívar, 1842-1883.

El Monumento al Cuarto Centenario, 1892-1895.

El Monumento a Francisco de Miranda, 1899.

La Iglesia de la Cofradía del Carmen, 1872.

La Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, 1893-1933.

En Mérida, como en el resto de las ciudades venezolanas, a partir del último cuarto del siglo XIX, se verificó un cambio de rumbo en la cultura arquitectónica y urbana; cambio de cultura que colocó en crisis una tradición fuertemente arraigada a las ideas de origen colonial que no se habían extinguido al momento de concluir el período de la dominación hispana y que, por el contrario, habían seguido un proceso de continuidad más allá de los límites cronológicos que imponían el fin de la colonia. Este momento de ruptura estuvo signado por la asunción de nuevos modelos estéticos que comportaron también nuevos usos de los espacios públicos y de la aplicación de un lenguaje arquitectónico renovado por la cultura historicista. Este proceso de renovación en el cual hay un alejamiento de la tradición hispana y una apertura hacia las modas y conceptos de la cultura dominante del momento, la cultura francesa, se manifestó en todas las áreas de la cultura venezolana.

Una antigua imagen de Mérida entre 1860 y 1870, realizada por el conocido naturalista alemán Antón Goering para ilustrar su obra que traducida al español reza **Venezuela, el más bello país tropical**, da una clara relación de la dimensión y de la escala del poblado para estos años de la segunda mitad del XIX. Este documento, más el **Plano Topográfico de la Ciudad de Mérida**, de Gregorio Fidel Méndez, del año 1856, constituyen hasta el

momento los testimonios gráficos más antiguos que se conservan de la ciudad de Mérida. Caso aparte constituye el plano de Mérida de finales del siglo XVIII en el cual se especifican las tierras de la Hacienda El Carrizal, más no la ciudad. ⁽⁸⁾

A) La Plaza Mayor y la Plaza de Bolívar

Los programas de «embellecimiento» de la ciudad se inician primeramente con la remodelación de la antigua Plaza Mayor que se transformara en una plaza-jardín, marco adecuado para el monumento centralizado con la estatua ecuestre de Bolívar. En Mérida, una de las primeras manifestaciones de esa nueva cultura historicista de gusto y origen neoclásico es precisamente la construcción en 1895 de la primera Plaza Bolívar y la remodelación, en los inmediatos años sucesivos, de todas las plazas menores bajo el concepto de la plaza-jardín, alameda o paseo público.

Lo que siempre se ha considerado un patrimonio muy venezolano y nacional, es decir el tema de la Plaza Bolívar, que como es notorio se encuentra en cada poblado y rincón del país, es el resultado de la conjunción de dos grandes momentos históricos: por una parte la necesidad imperiosa de destinar un lugar para materializar el culto a los héroes patrios, y por otra parte, el ingreso por vías diversas de una nueva cultura no española sino de derivación francesa. Cultura que entre nosotros se manifestará claramente a través de la aplicación de los programas neoclasicistas para la construcción de las plazas heroicas. Como se sabe es en Francia donde por vez primera y de manera exitosa se plantean este tipo de espacios públicos de carácter conmemorativo. La plaza latina, de antiguo origen hispano desaparece junto con toda aquella importante y variada gama de manifestaciones sociales que se encontraban allí reunidas y expresadas. La plaza vacía destinada a circo de la ciudad, escenario de todo lo que mereciera la pena ser visto, comprado o vendido, murmurado o vociferado en la ciudad, es ahora, en Mérida, a finales del XIX, un plano sobre el

cual se diseñarán caminos que definen un recorrido fijo y sin alternativas; en este espacio así definido, el monumento centralizado se acompañará de flores y plantas ornamentales que la comunidad del barrio del Sagrario sembrará con esmero a la espera de la llegada de la gran estatua ecuestre del Libertador. Espera que se prolongara por treinta y cinco años. Toda la prensa local reseñó la inauguración y algunos años después aún comentan orgullosos:

Sus bellísimos jardines deleitan a todo el que los admira, infinidad de flores variadas se encuentran allí para todos los gustos. *¿Cuánto valdrá un ángulo de esta plaza así como está en París?*

EL COMERCIAL, 37, 5 de junio, 1903.

La Nueva Plaza-Jardín, la plaza para el paseo señorial, a nuestro parecer es sin duda útil y conveniente, pero no a costo de perder aquel espacio libre y vacío que claramente expresaba su origen latino y su función social de servir de ambiente para congregar a la población. En este sentido es necesario comprender históricamente el tema de las plazas ya que aún después de haber sido transformadas, continúan recibiendo la presión social que la población actúa sobre ellas en su búsqueda de espacios libres. Y esto está a la vista de quien pase por el lugar y observe las personas pisoteando las flores y ocupando lo que está prohibido ocupar. En este tema de la plaza antigua y la plaza contemporánea, hay que reseñar lo que se ha realizado en los últimos años: proyectos de reformas e intervenciones que continúan con el mismo pensamiento «embellecedor» tan caro a la cultura del XIX. Ahora, además las pequeñas calles coloniales se llaman bulevares, y se les dota de cuanto objeto inútil podría encontrarse. Creemos que el problema del diseño de los espacios públicos debe ser abordado desde una perspectiva histórica que confiera a la intervención contemporánea validez y sensatez; generalmente estas intervenciones son

más el producto de un ejercicio de diseño bidimensional, en plano, y no toman en cuenta el carácter volumétrico y espacial del asunto.

Aquello que se realizó en Mérida, evidentemente, tiene sus antecedentes importantes en Caracas con su Plaza Bolívar de 1874, y en Ciudad Bolívar que tuvo la primera estatua del Libertador colocada en la antigua plaza en el año 1869. A escala continental el fenómeno también se manifestó con mayor o menor intensidad ya que se trató de una línea general, una tendencia modernizadora que actuó sobre toda la cultura americana que se había separado del tutelaje hispano. ⁽⁷⁾

B) Los Bustos Heroicos y el Cuarto Centenario

En estos mismos años aparecen los primeros monumentos escultóricos en los espacios públicos de la ciudad.

Un caso aparte constituye la Columna, a la áulica manera antigua, que los patriotas ciudadanos de Mérida erigieron al inicio de la Calle también de Bolívar en el temprano año de 1842. Entre esta fecha y el año 1900 se realizaron labores tendientes a consolidar el lugar construyendo (en 1852) una alameda como ambiente adecuado a la Columna, posteriormente en 1856 un primer busto de arcilla, luego en 1900 otro en bronce que perdura hasta nuestros días.

Esta Columna conmemorativa sirvió de referencia espacial en el ámbito urbano, modificando notablemente el paisaje construido ubicada como está en la más rectilínea de las calles principales de la ciudad. De este lugar era común iniciar los actos patrios hasta la nueva Plaza Bolívar. Fue sin duda la primera obra pública del nuevo régimen, su carácter conmemorativo, su forma clasicista son una clara expresión de aquella voluntad de expresión plástica y de pensamiento político que va a caracterizar las realizaciones

durante el siglo XIX. Esta obra fue reinaugurada el 1 de enero del año 1900. (8)

En 1892, se cumple el cuarto centenario de los sucesos del descubrimiento; la colonia italiana, llegada a Mérida en el siglo, ofrece, promueve, organiza fiestas, proclama y con bando solemne quiere inaugurar una estatua, un busto sobre pedestal historiado, de Cristóforo Colombo. El año 92 es malo para fiestas públicas debido a la guerrilla que azotaba la región, y se debe aguardar hasta el año 1895. De paso en el 85 se festeja el centenario del natalicio de Sucre al que también se le dedica una plaza y se inaugura con pompa el busto de Colón. Obra de fino mármol y de también elegante hechura italiana. El pedestal con el busto de Colón ocupará el centro de la pequeña plaza del Carmen. Se trata del primer monumento centralizado que se levanta en Mérida en un antiguo espacio colonial, de excelente calidad, de clara intención neoclasicista y áulica donde el heroísmo civilizador y cristiano del italiano se ve satisfactoriamente reflejado. Véase *il mondo naturale e primitivo*, paraíso tropical, en el bajo relieve del pedestal.

El otro monumento, también un busto, es el retrato del gran Francisco de Miranda, erigido al finalizar el siglo, en 1896, en la pequeña placita frente al antiguo y desaparecido convento de los agustinos. Probablemente este espacio sea el resto de una gran plaza desaparecida en 1812. Obra también italiana, de la casa Trapassi y Lorenzetti y seguramente producto del afán patriota y criollo de la comunidad italiana.

Estas dos obras de la estatuaria pública, son pequeñas y modestas pero importantes dentro del ambiente y época donde nos movemos, y a este propósito debemos recordar la imagen del inicio donde vemos lo que era la ciudad para entonces. Un ámbito en el cual un monumento en mármol era un gran acontecimiento que estremecía la conciencia y la sensibilidad de la ciudad y la región. Por otra parte, por vez primera los pobladores podían ver obras de

arte en la calle, al alcance de la mano; antes el único contacto era con la imaginería que en las iglesias y capillas eran vistas con religioso recogimiento; quizás esto era signo de un aire nuevo, cansados como estaban de aquellas figuras de madera tallada que vestidas y pintadas tenían el españolísimo olor a santos e inciensos.

C) De las iglesias «a la Moderna»

Este proceso de renovación o «embellecimiento», como se decía en la época, interesó evidentemente también la arquitectura. Las viejas iglesias, deterioradas por los años y por los terremotos del 12 y del 94 fueron remodeladas en sus fachadas conservando la estructura colonial o fueron reconstruidas enteramente.

A la moderna se decía entonces; con un claro sentido de percepción de un cambio en cuanto al lenguaje de la arquitectura así se comenta la nueva iglesia del antiguo Hospital de la Caridad, conservada hoy solamente en su fachada frontal y de ésta solamente el primer registro, es la más clara manifestación de la aparición de un lenguaje neoclasicista: entablamiento rigurosamente estructurado y con una sintaxis ortodoxa. Proporción, canon y medida vienen a renovar la simplicidad de aquella arquitectura que por contraste, podríamos llamar «a la antigua». El anónimo constructor de esta parte de la iglesia, hoy dedicada al Corazón de Jesús, modificó las tradicionales soluciones arquitectónicas coloniales. Es necesario notar que este proceso de renovación, generalmente, actúa solamente modificando el lenguaje externo de la fachada, mientras el espacio interior mantiene el mismo y tradicional espacio de las capillas coloniales; por otra parte se conservan una escala y una dimensión que guarda una natural proporción con el entorno urbano de calles y demás edificaciones. No faltan detalles de finura y elegancia como las pilastras achaflanadas que bordean la esquina del edificio. Un friso con triglifos y metopas con ornamentaciones floreales antecede la gran cornisa curva también que concluye el primer y único registro en la construcción

del XIX. A partir de esta estructura comienza la obra de Mariño, autor que comentaremos más adelante en el espacio correspondiente a los años treinta del presente siglo.

Dentro de este estilo a la moderna, otra iglesia, la de la Cofradía del Carmen, representa una variante dentro del proceso de renovación que se dio en Mérida a finales del XIX. La iglesia del Carmen, construida en su versión actual en 1872, es la obra de arquitectura religiosa más antigua que se conserva en la ciudad; sobrevivió al terremoto del 94 y prácticamente, en su definición externa no ha sufrido grandes cambios. Con respecto al lenguaje de la anterior, ésta es menos ortodoxa en el uso de la norma neoclasicista y se permite adornos y ligerezas que poseen un sabor más local y menos erudito. Se trata de una antiquísima iglesia que en origen fue templo de los jesuitas, luego de los dominicos quienes, durante el siglo pasado y mientras se construía la Catedral, la dispusieron como sede transitoria para el rito catedralicio. Luego, a partir de 1850 pasó a manos de la Cofradía de la Virgen del Carmen por cuya iniciativa se reconstruyó. De esta iglesia tenemos la imagen original publicada en ocasión de su inauguración. Con respecto a su estado actual podemos notar algunas intervenciones que si bien modificaron un aspecto interior apenas, con la construcción de un nuevo techo, se desvirtúa su definición exterior.

Por su parte las viejas casonas también se modernizaron y trataron, cada una en su medida, de ponerse a tono con lo que sucedía en la arquitectura religiosa. La casa de la Esquina de la Torre, de 1898 es un buen ejemplo de este tipo de intervención en superficie, epidérmica, donde se aplican ligeras pilastras y a veces forzados frontones sobre las dinteles de puertas y ventanas balcones. La utilización de este tipo de elementos ritma y ordena el espacio de los antiguos lienzos continuos de pared que en las casas «a la antigua» eran solamente interrumpidos por los vanos de ventanas e ingresos. Otra edificación importante, hoy en proceso de recupe-

ración (antes ocupada por el comercio que había destruido sus originales ventanas), la llamada Casa de los Gobernadores, el mejor ejemplo de la arquitectura nueva con ventanas balcones en su planta alta una contenida y elegante ornamentación en su ingreso principal.

Todos estos ejemplos de renovación de la vieja arquitectura, bajo el lenguaje neoclasicista que perseguía el Nuevo Ideal de la vida urbana y de ornato público, de todas maneras no afectaron la escala ni la dimensión de la ciudad. Siempre se mantuvo la buena armonía y proporción con la trama urbana que garantizaba la coexistencia de los distintos momentos como constituyentes de un mismo cuerpo histórico de la ciudad.

Parte II

EL SIGLO XX

Las Primeras Torres de la ciudad, 1901-1907
La Iglesia de Milla, 1906
La Iglesia Matriz de Ejido, 1907
Las Casas de la época de Gómez, 1920
Una Iglesia Neogótica, 1930.

A) De las Torres

El tema de las torres en la ciudad es también interesante. La primera torre construida con fines no religiosos, es la torre del observatorio astronómico de la Universidad, levantada en 1896 en lugar de la antigua capilla destruida por el terremoto del 94. Hoy casi desaparece en el ambiente urbano contemporáneo, pero para aquél entonces era una altura considerable que rivalizaba con las otras torres religiosas.

Las Torres de la Catedral, la primera construida en 1901 y la segunda en 1907, son restos de la decimonónica catedral. Ambas fueron intervenidas en los años 50 por Mujica Millán quien consideró que podían ser conservadas acompañando el nuevo diseño de su edificio. Para esto procedió a anillar la estructura con su característico lenguaje historicista, envolviendo en un lenguaje neobarroco aquella arquitectura neoclasicista.

De estos constructores, por ahora anónimos, tenemos otra obra, seguramente posterior. La torre de la iglesia de Montalbán en Ejido a pocos kilómetros de Mérida. Se trata del mismo planteamiento pero con un manejo de las formas y proporciones que presuponen una derivación no muy bien elaborada. Por otra parte, de esta iglesia nada queda a excepción de la citada torre, la nave ha desaparecido y en su lugar alguien, de quien no queremos noticias, construyó un vulgar galpón.

Otro vestigio de la neoclásica Catedral de la primera mitad del siglo es la entrada al actual registro parroquial. Obra interesante por lo que revela e indica sobre el general movimiento hacia formas clasicistas, y por ser junto con las torres restos de la Catedral que se demolió para dar paso a la obra de Mujica.

B) Las iglesias de Milla y Ejido

La Iglesia de Milla es el templo de un antiguo barrio colonial que debe su nombre a Juan de Milla, primer constructor del cual se tenga noticias en Mérida. A este personaje que vivió a caballo de los siglos XVI y XVII debemos la edificación del Templo Mayor de Mérida (1592), la iglesia de los agustinos (1595), el templo del convento de San Francisco (1613), y quizás el primer horno para cocer tejas y ladrillos de 1606. Obras todas desaparecidas por la acción implacable de los sismos. Milla fue sin duda un personaje importante en virtud que su nombre perduró como denominación del barrio y de una quebrada cercana.

La actual iglesia de Milla fue reconstruida en 1906, luego de los daños importantes que sufrió en el 94. Se trata de otra expresión más de ese lenguaje neoclasicista que dominó el ambiente a finales del XIX y que para el inicio del XX se consolidaba como el lenguaje prácticamente oficial de la arquitectura religiosa. Ya para este momento no se habla más de una arquitectura «a la moderna», es simplemente el modo en el cual se deben ornamentar los edificios. Para este momento es un concepto estético establecido. Si las fachadas reflejan este estilo no sucede lo mismo con el interior que permanece con las dimensiones y proporciones de los antiguos templos. Aunque en el caso de Milla de esto poco podemos apreciar luego de las intervenciones que en él se hicieron en décadas pasadas.

La iglesia Matriz de Ejido, del año 1907, reconstruida luego del mismo terremoto, refleja un gran parentesco con la anterior. Se trata de una transmisión de modelos y normas que empezaban a repetirse en la misma área. Esto podemos considerarlo como la formación de un gusto local, un estilo que si bien es parte de una denominación genéricamente clasicista, tiene acentos que son locales. Y prueba de ello es también la similitud entre las torres de la catedral y aquella de la iglesia de Montalbán. Aquí en Ejido, aunque posterior a la de Milla, podemos observar una mayor precisión en el uso del nuevo lenguaje que se traduce en una elegancia más madura y con menos acentos provinciales. Más compleja, de mayores dimensiones, con dos torres y excelente definición de jerarquía entre las formas ornamentales de la fachada principal y el ingreso lateral.

C) El Tardo Neoclasicismo

Obras del inicio de un tardo neoclasicismo son algunas construcciones realizadas entre los años veinte y treinta. Entre estas, la Casa de la Cultura que evidentemente señorea sobre la Plaza Bolívar. Un interesante ingreso flanqueado por pares de

columnas corintias accede a un patio central ubicado en un segundo nivel. El primer nivel fue diseñado para usos comerciales y no habitacionales. La vivienda al segundo plano abre sus ventanas balcones sobre el espacio de la plaza. A nuestro juicio una de las soluciones espaciales más interesantes que partiendo del modelo clásico de vivienda colonial se adapta a las exigencias comerciales del nuevo siglo. Otra vivienda, diseñada para recibir la comitiva oficial de Gómez, es la casa aún conocida como del Hotel La Sierra. Aquí se trata de un novedoso y no local gusto ornamental. En Mérida no se trabajaba de esta manera, ni antes ni después de esta casa se empleó una ornamentación tan compleja. Se trata en este sentido de un hecho aislado.

Una obra religiosa verdaderamente de tardío gusto neoclásico es la de Marcos León Mariño. Este personaje interesante, activo en Mérida en estos años, intervino en la ya comentada iglesia del Corazón de Jesús, concluida en su aspecto actual en el año de 1933. A su mano se le atribuye también intervenciones en el Hospital Los Andes del 35 y en el desaparecido ingreso al Stadium Mérida. Además de arquitecto, Mariño fue pintor y escultor de calidad y atinado gusto. Es responsable de los grupos escultóricos del parque de las «Glorias Patrias», y probablemente también del diseño de sus dos plazas. Plazas, por cierto que son el mejor testimonio de la cultura de estos años en cuanto al tema de los espacios públicos y que deberían ser conservadas, por su alto valor histórico y ambiental.

Para concluir, la iglesia de San Miguel del Llano. Obra neogótica que iniciada en los años treinta significó una gran novedad en el ambiente local. La aguja de su torre gótica dominó el paisaje urbano por varias décadas, hasta los años setenta cuando en Mérida fuimos testigos del inicio de la desaparición de la arquitectura tradicional y comenzó el proceso de fraccionamiento de aquella unidad coherente que a pesar de las reformas neoclasicistas mantenía una fisonomía de ciudad. Las reformas

historicistas jamás modificaron las relaciones espaciales entre arquitectura y ciudad. La moderada monumentalidad de estas nuevas edificaciones permitió una coexistencia lógica y altamente positiva entre aquella estructura histórica que se había estratificado a lo largo de los siglos coloniales y la nueva ciudad que se adentraba en el siglo de la modernidad.

Hoy resta tan poco de la arquitectura tradicional que hay que tener una mirada arqueológica para recuperarla del inmerecido olvido en que se encuentra. De todas maneras aún es tiempo para conservar y valorar estos hechos que forman y constituyen parte fundamental del cuerpo histórico de la ciudad.

Aunque no es tema de este escrito, también hay que hacer referencia al otro momento de ruptura que conocemos en la historia de la arquitectura en Mérida; las transformaciones del centro histórico por obra de Manuel Mujica Millán, quien renovó a escala áulica y monumental las antiguas edificaciones pero siempre guardando con ellas una relación cónsona y respetuosa al punto que generó un nuevo centro que dio carácter definitivo a la ciudad. Por otra parte, fuera del centro histórico, en un crecimiento coherente y armonioso con la vieja ciudad se construyeron nuevas áreas de desarrollo decididamente moderno. Ejemplo de esto, y ejemplo para los actuales planes de intervención, está el nuevo eje que corre paralelo al crecimiento de la cuadrícula histórica: la avenida Tulio Febres con sus edificaciones educativas como el magnífico Liceo Libertador y las facultades de Medicina e Ingeniería. O el desarrollo efectuado a partir del parque de las Glorias Patrias, también fuera del centro histórico consolidado, con la primera urbanización moderna con quintas de diseño internacional y los Parques Tíbisay y de los Escritores, que en su conjunto constituyen un verdadero patrimonio ambiental y urbano. Obras todas estas que reflejan un excelente ejemplo de buena arquitectura y que merecerían formar parte de la mejor y más coherente historia de la arquitectura de la ciudad; lo que pasó en estos años

entre el cuarenta y finales del cincuenta no tiene parangón con lo que se produjo después en los años 60 hasta nuestros días. Salvo honrosas excepciones.

NOTAS

- (1) Sin pretender dar aquí una visión global del problema, podemos señalar algunos aportes que contribuyen al esclarecimiento de la historia de la crítica de arte en Venezuela. Sobre estos aspectos historiográficos, el Dr. Simón Noriega ha dado una contribución fundamental con su trabajo: *La crítica de arte en Venezuela*. Mérida: Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes, 1982. Por otra parte en «Nueva crítica de arte en Venezuela». *Correo de Ultramar* (Mérida) (1): 105-111, septiembre, 1986, amplía el panorama sobre la actividad de la moderna crítica artística venezolana.

La más importante y reciente contribución al estudio de la cultura de la crítica artística y arquitectónica en Venezuela, es obra del investigador Roldán Esteva-Grillet quien con gran rigor metodológico y acucioso análisis crítico, no carente de provocatorias sentencias, ha sentado las bases de una nueva práctica del oficio del historiador-crítico de arte en Venezuela. En «La pesquisa y sus culpables», capítulo de su obra *Desnudos no, por favor*. Caracas; Alfadil Ediciones, 1991. ofrece, en resumen, el mejor panorama sobre estos argumentos.

- (2) Durante el siglo XIX se produjo una extensa literatura sobre Venezuela y sus ciudades; la mayor parte escrita por viajeros extranjeros que visitaban el país con muy diversos fines: desde emisarios de negocios hasta militares españoles del Ejército Expedicionario, de científicos naturalistas a simples viajeros interesados en el nuevo paisaje social y geográfico. Entre tanta literatura interesante podemos citar aquellos autores que comentan Mérida y los Andes y que mayormente han tratado el tema de la ciudad y la arquitectura: Goering, Depons, Bache, Bellerman, Blanchard de Farges, Boussingault, Duane, Maquierra, Linden, Leontine, Perignon, Empson, Engel, Sivers (estos tres últimos no traducidos), y muchos más que no debemos tratar aquí, pero que serán objeto próximamente de un estudio pormenorizado.
- (3) Cfr. las obras ya citadas de Noriega y Esteva-Grillet.

- (4) Para la comprensión de la cultura material durante el siglo XIX, la obra que inició el camino de los estudios documentales fue la del historiador Eduardo Arcila Farías: **Historia de la Ingeniería en Venezuela**. Caracas: Colegio de Ingenieros de Venezuela, 1961, 2 v. Por otra parte, del mismo autor: **Centenario del Ministerio de Obras Públicas 1874-1974**. Caracas: Ministerio de Obras Públicas, 1974. Una contribución importante al estudio de la estratificación histórica de la ciudad venezolana entre el 800 y el 900 es el libro de Graziano Gasparini: **Caracas: La ciudad colonial y guzmancista**. Caracas: Ernesto Armitano, 1978.

Por su parte, el también arquitecto Leszek Zawisza se ha concentrado en el período del 800: **Arquitectura y Obras Públicas en Venezuela**. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1988, 3 v. El trabajo de Zawisza, que prosigue la obra de Arcila Farías, iniciada más de veinte años atrás, conjuntamente a sus otras publicaciones sobre el XIX, (**La Academia de Matemática de Caracas**, 1980; Alberto Lutowski: contribución al conocimiento de la Ingeniería en Venezuela del siglo XIX, 1980), es la mejor contribución al estudio de este período en Venezuela.

- (5) En las Facultades de Humanidades y de Arquitectura de la Universidad de Los Andes existen trabajos sobre estos temas merideños. Algunos de ellos han sido publicados, otros están en vías de publicación, y algunos inmerecidamente permanecen bajo forma de tesis de ascenso en espera de una justificada y necesaria divulgación.

Por ejemplo, sobre la obra de Marcos León Mariño, artista muy activo a partir de los años treinta del siglo XX, existe un estudio introductorio de Irlanda Chalbaud Zepa; **Mérida y la obra de Marcos León Mariño, 1922-1950**. Mérida: Facultad de Humanidades, Universidad de Los Andes, tesis, sf. (1984). En este trabajo, de tipo descriptivo, se presenta la labor arquitectónica y artística de Mariño, del cual, antes de este estudio, prácticamente nada se conocía.

Catalina Torres, también ella profesora de Historia del Arte en la Facultad de Humanidades, ha publicado: **La iglesia Matriz de Barinas en su contexto urbano**. Barinas: Centro de Estudios Históricos, sf. (1991). La autora, en base a una abundante recopilación documental, reconstruye hechos específicos de la historia urbana de Barinas que vienen a corregir afirmaciones erróneas descritas en estudios anteriores, y precisamente, de aquellos estudios generales que de manera acelerada recorren la historia de Venezuela. Por otra parte, y es un hecho resaltante, ofrece una valiosa contribución para la identificación de un lenguaje común de la iglesia catedral.

El Dr. Angel J. García, ha publicado «Pueblos de indios. Una aproximación al estudio del urbanismo y la arquitectura en Venezuela colonial (S. XVII)». *Correo de Ultramar* (Mérida) (1): 5-26, septiembre, 1986. Y también, del mismo autor, una contribución más cercana al ámbito local: «La Iglesia Mayor de Mérida. 1583-1603». *Boletín en la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), (276): 1079-1098, 1986. Es esta la primera contribución importante al conocimiento, a través de la rica documentación de archivo presentada, de la práctica de la construcción que se llevaba a cabo en la Mérida del siglo XVI.

Quizás el primer trabajo sobre arquitectura del siglo XIX en la provincia de Mérida es el de la arquitecta Diomarina Velázquez, quien publicó un interesante cuanto útil estudio titulado: **La Iglesia Matriz de San Buenaventura de Ejido**. Mérida: Facultad de Arquitectura, Universidad de los Andes, 1982. En este trabajo se analiza en profundidad la geometría que diseña y construye una de las iglesias más interesantes de Mérida. Partiendo de la recopilación de fuentes documentales una acuciosa mirada, no priva en un afecto especial por esta arquitectura mal llamada «menor», plantea un análisis que hace de este estudio un punto de referencia indispensable para quien en estos temas transita.

Acerca de la arquitectura neogótica de Venezuela, donde se tocan algunos casos regionales y merideños, una primera aproximación, fundamentalmente descriptiva, más una recopilación que una historia hilvanada, de todos modos útil, está el trabajo de la arquitecta Beatriz Gil. Hay que resaltar que es este un tema interesante y sobre el cual poco se ha escrito: **El goticismo en la arquitectura religiosa venezolana**. Mérida: Facultad de Arquitectura, Universidad de Los Andes, tesis, 1992. La también arquitecta Miriam Salas, ha publicado un trabajo de carácter didáctico sobre un tema de teoría contemporánea: **Arquitectura y contemporaneidad**. Mérida: Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes, 1991. En esta obra se coloca en discusión algunas certezas, quizás aceptadas con prisa, sobre el panorama de las corrientes internacionales y su relación con lo sucedido en la arquitectura moderna venezolana, abriendo una rica discusión acerca de los posibles caminos futuros de la arquitectura en nuestro país.

Por otra parte, la arquitecta Nory Pereira ha estudiado la tipología arquitectónica de un poblado de antiguo origen indígena, Mucuchíes, sobre el cual ha elaborado una tesis de análisis morfológico; obra donde se beneficia más el análisis formal que el cultural, subrayando la posibilidad de una lectura plástica de la arquitectura tradicional: **Generalidad y particularidad del fenómeno urbano**. Mérida: Facultad de Arquitectura, Universidad de Los Andes, tesis, 1991.

Sobre un personaje fundamental de nuestra historia local, Manuel Mujica Millán, actualmente se realiza una investigación que ha dado sus primeros frutos en la exposición presentada en el mes de julio de 1991 en la Galería de Arte Nacional en Caracas; exposición luego presentada en Mérida en julio, 92. Es este el primer trabajo realizado sobre Mujica Millán y ha permitido observar toda su obra desde una óptica novedosa que permitirá una lectura altamente positiva de la «modernidad historicista» realizada en la provincia. Estas investigaciones han sido promovidas y dirigidas por el arquitecto Bernardo Moncada Cárdenas, quien ha dedicado su atención a completar este capítulo fundamental de nuestra historia de la arquitectura. Moncada Cárdenas es también el fundador del Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Los Andes.

Quien suscribe ha publicado un análisis de la estructura histórica del espacio urbano durante el siglo XIX: **La Plaza Mayor de Mérida. Historia de un tema urbano**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992. Por otra parte, también un análisis, en verdad demasiado veloz, de la constitución del Nuevo ideal urbano en: «Mérida, arquitectura y renovación historicista», **Solar (Mérida)** (1): 3-8, enero, marzo, 1990.

- (6) La imagen de la ciudad hecha por Goering fue publicada en Alemania en 1893 en la edición de Leipzig. La edición venezolana es del año 1962. **Venezuela, el más bello país tropical**. Mérida: Universidad de Los Andes, trad. María Luisa de Blay.

La vista de Mérida se corresponde al período de Goering en la ciudad entre los años 1864 y 1874. Los límites de la urbe claramente delineados se corresponden por el suroeste con la iglesia y plaza de la Santa Cruz del Llano (inicio del Llano Grande, tierras comunales); por el norte la angostura de Milla donde se encontraba la cruz del Humilladero. Los límites este y oeste son aquellos de la meseta de Mérida, delimitada por los ríos Chama y Albarregas.

De pocos años antes es el Plano de Gregorio Fidel Méndez, que fue impreso en Caracas en el año 1856 por Lessman y Jorge Laue. El Plano Topográfico de la Ciudad de Mérida de Méndez es el primer mapa de la ciudad (cfr. Ivan Drenikoff, **Breve historia de la cartografía en Venezuela**. Caracas: Academia Nacional, El Libro Menor, 32, 1982).

El Plano de Mérida, de 1776, llamado «Vista de la ciudad y campos de Mérida», fue publicado por Federico Vega, **El Continente de Papel**. Caracas: Ediciones Fundación Newman, 1984. En este plano que a nuestro parecer representa no tanto la configuración o estructura física de la ciudad cuanto las tierras parceladas de las afueras de la urbe y en detalle la Hacienda El Carrizal, puede demostrar, no obstante, los límites

de Mérida circunscrita por los ríos Albarregas, Chama y Mucujún, como ha tenido a bien señalarme en comunicación oral el historiador Gabriel Pilonieta.

- (7) Véase mi trabajo ya citado: **La Plaza Mayor de Mérida. Historia de un tema urbano**, donde se encontrarán abundantes referencias a esta parte de la historia de las plazas reformadas en Mérida y Venezuela, dentro del contexto de la general reforma que se verificó en el continente americano. Por otra parte, remito a este trabajo para conocer de la bibliografía local y las fuentes documentales que también nutren este artículo.
- (8) El homenaje al culto patrio que Mérida consagró desde los inicios de la revolución independentista con la erección de la Columna, y el título del Libertador que le otorgó a Bolívar son estudiados por Lucas Guillermo Castillo Lara en: **Mérida: La ventura del San Buenaventura y la Columna**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. Tulio Febres Cordero en **Archivo de Historia y Variedades**, Obras Completas. Tomo II. Bogotá, Antares, 1960, pp. 375-377, relata en detalle esta interesante historia que me permito citar aquí en extenso:

«La Columna Bolívar fue mandada erigir en 1840 por el gobierno de la Antigua Provincia de Mérida, según consta en una de sus inscripciones. Era Gobernador, desde el 15 de noviembre de 1839, don Gabriel Picón, héroe de la Independencia, de quien se conserva el discurso que pronunció ante dicho monumento en 1842, con motivo de la traslación de los restos del Libertador de Santa Marta a Caracas... El 27 de septiembre de 1852, la Diputación Provincial, deseando conservar y mejorar el monumento, dictó una ordenanza... disponiendo... que se fuese formando una Alameda en el área destinada al monumento, para entonces más extensa que hoy (1930), pues llegaba hasta la calle Bolívar. En 1856, bajo el gobierno del General Pascual Luces, dispúsose la formal reparación del monumento; y al efecto, el señor Domingo Trejo, Jefe Político del Cantón capital... celebró contrata con el señor Domingo Manrique, quien fue el que construyó la Columna, según la tradición, para que este maestro albañil hiciese los trabajos que exigía el monumento conforme al presupuesto que el mismo Manrique había presentado... La primera partida de este presupuesto dice textualmente así: para concluir la Columna, haciéndole el correspondiente capitel, y sobre éste el cuadrado donde debe colocarse el busto del Libertador, repicarla de nuevo y revivir las inscripciones de la misma manera que las tenía, \$ 60. Pedro Celestino Guerra, movido sólo por interés patriótico, pues no era escultor, hizo de arcilla quemada el primer busto de Bolívar que debía coronar la Columna, construyendo el cuerpo y la cabeza en piezas separadas...»

Este busto no logró coronar la columna pues se partió durante el proceso de colocación. En 1882 se constituyó la Sociedad Bolívar, por iniciativa de Febres Cordero, para preparar el Centenario del nacimiento de Bolívar el año siguiente. Para ello reunieron fondos con la finalidad de: «restablecer la muralla y levantar la portada, que es la misma que hoy existe (1930), trabajos que hizo por contrata el maestro albañil Carlos Guerra, cubano, ... también se coronó entonces la Columna con un hermoso busto de Bolívar, contribución del Concejo Municipal y obra de los artistas merideños Gabriel Parra Picón, Vicente Rubio y Juan de Dios Picón Grillet, quienes lo hicieron en arcilla... Este busto estuvo colocado en la Columna diez y siete años, hasta 1900... Con fecha 25 de septiembre de 1889, el Gobierno de Los Andes... ordenó la reparación y embellecimiento de la Columna Bolívar confiando la dirección de los trabajos a los señores don Atilio R. Sardi y Coronel Braulio Rangel... Una de las mejoras que entonces se hicieron, fue grabar en mármol las inscripciones correspondientes, pues las que antes había tenido el monumento no eran esculpidas en piedra. La última reparación notable del monumento corresponde al año de 1900. El terremoto de 1894, que respetó la Columna y Portada, causó sin embargo, el derrumbe de la muralla rehecha en 1883. Por decreto... del año indicado de 1900, el Gobierno del Estado Mérida... ordenó la completa reparación de la Columna y su glorieta, confiando la obra al maestro albañil Eulogio Iriarte. Los principales trabajos hechos en esta ocasión fueron reestablecer la muralla y completar el área destruida; estriar el fuste de la Columna, que antes era liso; y substituir el busto de arcilla levantado en 1883, que estaba muy deteriorado, por uno de bronce, que es el que hoy la corona, el cual había sido adquirido por la Municipalidad y existía en la Casa de Gobierno».